

El Rey y los prisioneros

Guadaña sin piedad, terrible guerra
que con infames medios destructores,
las más hermosas y lozanas flores
siega fatal en la angustiada tierra.

Furia implacable que en el seno encierra
humanos odios, sórdidos rencores,
teatro de crueldades y de horrores,
de Dios azote, que grandioso aterra.

¡Cuánto apacible hogar desierto y viudo!
¡Cuántos privados del materno beso,
cayendo al choque del combate rudo
apenas de su vida al dulce ingreso!
¿Y quién a tanto duelo llamar pudo
perfección de los siglos y progreso?

LA MARQUESA DE BOLAÑOS.

Horrendo espectáculo el de esta gigantesca lucha. Millones de vidas segadas en flor. Millones de cuerpos vigorosos mutilados para siempre. Todo destruido: bellezas artísticas, maravilla del mundo; colosales templos levantados al trabajo; portentosas concepciones del genio humano, ideales santos, todo destruido; el edificio entero de una civilización esplendorosa, labrado piedra a piedra, siglo a siglo, desplomado con horrisono crugir. Europa se deshace entre olas de fuego y sangre. ¡Quién lo dijera al abarcar el cuadro del progreso de nuestro siglo y al ver que el hombre ha realizado las cien hazañas de Hércules, que le convierten en semidios!

«La Bestia Negra se ha despertado — escribe Linares Rivas — figurándose que empezó el acabar del mundo, y galopa desenfrenada sobre ruinas y cadáveres ¡Aún no es, bestia apocalíptica, aún no es!... Pero ya sabes como es, porque así será...»

Perece si quieres, que yo estoy en seguridad. Blasfemia horrible que da la sensación del hombre de la piedra lascada. Yo la he oído en labios de hijos espúreos de esta hidalga tierra española.

«Cualquiera que sea la posición del hombre que reza — ha dicho un escritor excelso — su alma está de rodillas. De rodillas está ahora el alma española ante las negruras y los horrores de la guerra, rezando por la paz. — Miguel Moya.»

No son, no pueden ser los pechos españoles insensibles a tanto horror. España se estremece, con estremecimientos de supremo dolor, ante los estragos nunca vistos de una guerra sin ejemplo. Mas le sucede lo que al hombre enfermo al apercibirse que, a lo lejos, una bestia feroz arranca un niño del regazo de su madre, rompiendo con sus fuertes mandíbulas los débiles miembros y despedazando con sus uñas las palpitantes entrañas de la criatura. ¡Qué sensación más terrible la esperimentada por el testigo de este hecho, para él de ningún interés personal! ¡Qué angustioso sufrimiento el suyo al no poder proporcionar el menor auxilio a la madre desvanecida, ni al hijo espirante!

Tal es el estado de alma del pueblo español en estos trágicos instantes, estado de alma que encarna en su augusto Soberano, como jamás en la Historia encarnó el sentir de un pueblo en su rey.

Gallardamente ha surgido — dice un periódico madrileño — la noble figura de D. Alfonso XIII en medio de la pelea, para implorar por los condenados a muerte, para rogar por los prisioneros, para inclinar los ánimos a la clemencia, para decir una palabra de paz, que suene gratamente en los oídos de los soldados que combaten. En nombre de una nación neutral, en nombre de una raza, madre de gloriosos capitanes y cuna de la hidalguía, Don Alfonso XIII se ha asomado a la lucha de Europa para intervenir de la única manera que le es dable a un pueblo

neutral: tratando de aminorar en lo posible, con rasgos generosos en aras del sentimiento humano, el horror de la tragedia.

«Ya hace mucho tiempo, muy cerca de un año — decía *Heraldo de Madrid* en un artículo publicado en este mismo mes — contamos en estas columnas que a la Secretaría del Rey de España llegaban, a montones, las cartas de gentes de extraña tierra en demanda de noticias de los suyos.

»Para comprender todo el horror de la angustia que supone la petición, haría falta recordar los días terribles de Bélgica invadida, los trenes que llegaban a París llenos de fugitivos que conservaban aún en los ojos el espanto de la visión terrible de la lucha, de los niños medio alocaos, a los que la caridad había de dar, con el albergue para los cuerpos, las caricias precisas a las almas infantiles, separadas por un azar, acaso más terrible que la muerte misma, de los que les dieron el sér. Y más tarde, aquellas noticias breves, aquellos anuncios doloridos, que en las planas centrales de los periódicos imploraban, de un lector desconocido, noticias de la suerte de aquellos a quienes la guerra separó.

»Muchas veces la suerte fue propicia a los que así interrogaban ese vago destino; pero en millares de ellas la esfinge permaneció muda, sin revelar su secreto. Entonces uno, cualquiera, no importa quién, pensó en dirigirse al Rey de España para averiguar el paradero de los suyos, y al tener respuesta, satisfactoria acaso, cundió como una buena nueva entre los angustiados la noticia de que Don Alfonso XIII aplicaba su poder al remedio y consuelo de los que así sufrían.

»No menos de 200.000 cartas lleva recibidas, desde el otoño acá, el Soberano español. Los terribles combates librados en el sur de Bélgica y en el norte de Bélgica, la ola de la invasión en Galitzia y en Rusia, la lucha feroz en los Balcanes, cada incidente de la guerra, traía nuevas angustias y nuevos dolores que pedían auxilio

»Y, lo que en un principio fuera una misión caritativa, confiada al celo fidelísimo de los diplomáticos que forman la Secretaría particular del Rey, se trocó con el andar del tiempo, en la necesidad de montar una oficina numerosa y de procurar por todos los detalles una organización perfecta a su funcionamiento. Las cartas llegaron a ser tantas, que ahora, dispuestas en la tarde de hoy para ser abiertas y obtener de ellas las reseñas precisas, no bajarían de 3.000 las que en ordenado montón se hallaban sobre una mesa. Hay que contar qué aquellas a que nos referimos son las que ha traído el correo de Alemania recibido en Madrid.

»Y lo que ocurre en el palacio del Monarca español, sucede también en la representación de España en los países en lucha. En Berlín, y por iniciativa especial del Soberano, el conde de Cadúgna y varios jefes y oficiales del Ejército español se consagran a la piadosa tarea de

recorrer los campamentos de prisioneros, los lazaretos y los hospitales en busca del herido grave, del prisionero, del desaparecido... Y son más de 400 los campamentos de prisioneros donde existen franceses, belgas, ingleses y rusos, sin contar aquellos otros campos que, organizados, por decirlo así, como colonias agrícolas, tienen por moradores súbditos de nacionalidades diversas. El mapa alemán que reproduce la situación de esos lugares y que sirve de guía, ocupa un lugar preferente en la Secretaría de Don Alfonso XIII, y junto a él, en diversos armarios, las carpetas, sobre las cuales la bandera de cada país sirve de indicador de su contenido, que encierran las peticiones dirigidas al Monarca. Solamente de franceses y de los primeros tiempos de la guerra, hay más de 160.000 cartas, que son otros tantos dolores del espíritu que permanecen en el papel.

»Porque no solamente la organización dada se refiere a procurar noticias de los prisioneros o averiguar la suerte de los desaparecidos, sino que, además, el Rey, por cuantos medios están a su alcance, procura poner en relación aquellos a quienes la guerra separó, a la repatriación de los heridos graves que, por serlo, pueden disfrutar de tan singular merced, al indulto de muchos condenados a muerte, logrado en ocasiones, como con el periodista ruso y los siete compatriotas suyos perdonados; como con la condesa de Belleville, y la Srta. Tullé, y el almirante Muller y tantos otros que por una discreta reserva no se cuentan, porque, o están condicionalmente perdonados, o la gracia pedida por el Rey no ha sido otorgada todavía. Para la misma mis Cavell hubo de solicitarlo nuestro Soberano. Por desgracia, la petición llegó tarde.

»Para todo esto, y lo contamos como cosa curiosa, ha sido menester, como antes decimos, organizar, en términos que no pudiera haber ninguna equivocación lastimosa, el servicio de informaciones. Todos los empleados afectos a este servicio, y ahora además, por un generoso deseo expuesto por las monjas de Santa Isabel, algunas de ellas, llenan en primer término unas papeletas numeradas, cuyo color corresponde a la nacionalidad del interesado cuya suerte se busca. Una parte de esta ficha es enviada al representante de S. M. cerca del Gobierno que pueda dar las referencias. La otra queda en la Secretaría para servir de referencia, y por un sistema de ficheros, el conocido con la denominación de americano, se van clasificando por orden alfabético y silábico y por el de los países respectivos, todas estas notas, colocando en uno de los picos, sujeta con un corchete, una cinta indicadora de la nacionalidad del buscado, y si suele ocurrir por ignorancia que a su misiva hubiera acompañado dinero, una cinta azul, que indica que la cantidad ha sido devuelta. Porque bueno es saber que los gastos que el servicio ocasiona, y que no son pocos, como es consiguiente, los sufraga todos el Rey de su bolsillo particular.

»Cuando la anhelada respuesta llega, sobre todo si la noticia es favorable, trátase de un caso comprendido entre los internados de la población civil o de un militar que sufra las consecuencias de la guerra, se telegrafía inmediatamente, en nombre del Rey, a los solicitantes, cualquiera que sea la clase o condición social a que pertenezca.

»Del mismo modo, cuando la noticia es dolorosa, el Rey la transmite a los alcaldes de los puntos donde residen las familias, y a la triste nueva acompaña siempre el pésame personal del Soberano.

»Las fichas y los documentos todos, están escritos en tres idiomas: francés, inglés y alemán, y del mismo modo que en ellas se ha tenido hasta la precaución de marcar uno de los extremos, para que al cortarlos se indique que la respuesta ha sido alcanzada ya en todos los demás detalles, las cartas de las cuales el secretario del Rey, don Emilio María de Torres, se sirve para ponerse en relación

con los interesados se hallan preparadas y dispuestas en forma, que la noticia recibida no sufra el retraso de una hora antes de partir para su destino.

»Luego vienen las cartas de respuesta llenas de gratitud y muchas veces llenas de dolor. Así, sin que importen los nombres, porque los ajenos pesares merecen respeto, hay algunos que pueden reseñarse.

»Una madre escribe a la Reina Victoria:

«Comprendo que dirigirse a una Reina es demasiado atrevimiento; pero una madre... Si el ser Reina tiene grandeza, el ser madre tiene mucha dulzura. De mis cinco hijos, dos han marchado a la guerra a defender el honor de su patria. Uno ha desaparecido; el otro, herido de gravedad dos veces, ha vuelto a la línea de combate...»

»Un belga cuenta cómo en el momento de la invasión se vió separado de su mujer, y pide que la busquen, y que si la encuentran la permitan marchar a Suiza.

«Cuando nos encontremos allí, yo disfrutaré del placer de verla y del de abrazar a mi hijo, a quien no conozco. Juro a Vuestra Majestad que hemos de enseñarle a juntar las manos para bendecir al Rey de España, que en medio de las desventuras de la guerra surge entre los pueblos que luchan como un ángel de paz.»

»Estos relatos podrían multiplicarse hasta lo infinito. Así desde Inglaterra, desde Rusia, desde los últimos rincones de Europa, con la queja dolorida de los que anhelan conocer la verdad, a veces terrible, vienen las palabras de bendición, de gratitud, de entusiasmo, hasta el Rey de España.

»Su intervención ha alcanzado a veces el logro de documentos precisos para los expatriados. En alguna ocasión, hasta concertar un matrimonio en circunstancias difíciles. Y todo esto graciosamente hecho, con la solicitud por norma, con el afán de hacer el bien y aun con el deseo de ocultarlo. Porque han sido necesarias las instancias reiteradas de los informadores durante meses enteros para que, conocida la obra, se avinieran a dar algún detalle de ella.

»Entre las pesquisas realizadas, algunas se refieren a españoles. Así, por ejemplo, en Bélgica se busca al señor Pujol, por cuya suerte se interesa nada menos que D. Antonio Maura.

»A toda esta nobilísima tarea se halla consagrado Don Alfonso XIII y en ella pasa largas horas. En los hogares atormentados por la guerra, en aquellos que deshizo la lucha horrenda que desde hace cerca de dos años ensangrienta a Europa, la figura del Rey es un símbolo. ¡En cuántas ocasiones la esperanza perdida ha vuelto a renacer entre las líneas de una carta breve que daba noticias del desaparecido!

»Y para comprender el alivio de las hondas penas, es preciso recordar el espectáculo imborrable de los trenes de prisioneros pasando por la capital francesa entre la curiosidad silenciosa de los soldados argelinos, formados en la estación del Este, de París, y también la llegada de aquellos otros trenes de cuyos coches descendían gentes sin amparo que huían del terreno de la lucha.

»Sólo ese recuerdo puede servir para formarse idea de cómo puede agradecerse al Soberano español su intervención bienhechora por aquellos mismos que pudieron verle atravesar por sus ciudades entre el clamor de los vítores y el eco de los aplausos.»

Los grandes diarios de Europa se inclinan con admiración y gratitud ante tanta grandeza de alma.

Hagamos que la Historia diga que nuestro pueblo se mostró digno de su Rey.

Lemona, Abril de 1916.

Juan Angel Iza.

Alcalde de Lemona.

En máquina esta hoja, leemos lo siguiente: «Viena.—El periódico *New Presse* elogia calurosamente la iniciativa del Rey de España en favor de los heridos de los países beligerantes, a fin de que no se les abandone en los campos de batalla. Dice que espera que las naciones beligerantes no se contentarán con una adhesión platónica a tan hermosa iniciativa, sino que la acogerán con cariño y será atendida por todas. Agrega que los millones de hombres que luchan en los campos de batalla sabrán agradecer, como se merece, tan hermoso rasgo humanitario del Rey de España.

También elogian esta iniciativa otros periódicos austriacos, expresándose en análogos términos...»